

Romanos 12:1-8

Sermón traducido del inglés de Trinidad 14, 1984.

Romanos 12:1-8

¹Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. ²No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

³Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno. ⁴Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, ⁵así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. ⁶De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; ⁷o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; ⁸el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría.

Bueno, nuestro culto comenzó hace unos 15 o 20 minutos; y en media hora más aproximadamente se habrá terminado, ¿no? Pero no es así, a pesar de que mucha gente piensa de ese modo. Va a la iglesia los domingos y piensa que ha cumplido con su deber religioso por la semana. Han cumplido su culto a Dios, de modo que pueden seguir con sus propias vidas y actividades en el resto de la semana. Pablo, sin embargo, nos amonesta con urgencia a corregir esa actitud equivocada acerca de nuestro culto. Nos anima a ver que el verdadero culto espiritual no es algo que hacemos por una hora los domingos por la mañana, sino es más bien toda nuestra vida como cristianos. No terminamos nuestro culto con la liturgia del domingo. Más bien en ella se nos capacita para el servicio, somos edificados para el culto. Bajo la guía del apóstol inspirado, entonces, meditemos esta mañana en el tema: "Nuestro culto es nuestra vida". Primero veremos el motivo por rendir este servicio, luego, la actitud que corresponde a este servicio, y en tercer lugar, las diferentes clases del servicio.

I. "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional". ¿Cuál es

nuestro motivo para servir a Dios? Pablo lo expresa de manera muy sencilla con las palabras: “las misericordias de Dios”.

Pablo quiere recordar a sus lectores todo lo que han leído antes, todo lo que les ha escrito hasta este punto en la Carta a los Romanos. Les recuerda que todos han pecado, y están destituidos de la gloria de Dios. Les recuerda que la paga del pecado es muerte. Les recuerda que debido al pecado de Adán la muerte pasó a todos los hombres porque todos pecaron en su pecado. Pablo presentó al hombre como realmente es, una criatura en rebelión contra su Creador, muerto espiritualmente, sin que haya nada en él que sea atractivo para Dios de modo que él debería haberlo recibido como su hijo para la vida eterna.

Pero frente a la negrura del pecado y la indignidad del hombre, Pablo ha proclamado la gloriosa gracia y misericordia de Dios, quien miró al hombre pecador en toda su fealdad y aun así determinó salvarlo mediante la muerte de su Hijo unigénito, Jesucristo. Proclamó que el hombre ahora es justo y santo delante de Dios, no porque el hombre lo haya merecido, sino por “la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él”. Anunció: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley”. Esta justicia se le imputa al que no obra, sino cree en aquel que justifica a los impíos. Es la misericordia de Dios en Cristo, “el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”.

Pablo nos recuerda que “Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos... Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”. En verdad, ésta es gracia sublime, misericordia extraordinaria, misericordia que exige una respuesta de gratitud y servicio.

¿Cuál es esta respuesta agradecida que Pablo busca? “Que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios”. La gratitud conducirá al sacrificio, a sacrificarse uno mismo. Debemos ofrecer nuestros cuerpos a Dios para que se usen de acuerdo con su voluntad y propósito. Así será un sacrificio santo, santo porque hemos sido limpiados por la sangre de Cristo, y porque nuestra respuesta a la gracia de Dios es una vida santa.

En el Antiguo Testamento el holocausto, en que se quemaba todo el animal en el altar del Señor, debía significar que el adorador se dedicaba por completo al servicio del Señor. Ahora hemos dejado atrás los símbolos e imágenes. Tenemos la realidad. Los redimidos dedican su vida entera al servicio del Dios que los ha redimido.

Este es un “culto racional”, verdadero culto espiritual. Es la respuesta de un corazón y mente que se rebosa de gratitud por la salvación. No es lo que con demasiada frecuencia caracterizaba el culto en el Antiguo Testamento, un cumplir sólo externo de una acción prescrita. Es la acción consciente del espíritu y la mente del creyente para servir a aquel que tanto lo ha amado.

También es un culto racional en otro respecto. Reconoce que Dios tiene un derecho legítimo como dueño de toda nuestra vida, cada hora de nuestra existencia. “Habéis sido comprados por precio”, nos recuerda la Escritura. “No sois vuestros” es el corolario evidente. No podemos contemplar nuestra condición de perdidos, nuestra condenación, no podemos sentir el precio inmenso de nuestra redención, la santa y preciosa sangre del Hijo de Dios derramada en la cruz, sin exclamar: “Ahora soy suyo, totalmente y sin reserva”.

El mundo entero no será

Presente digno de ofrecer:

Amor tan grande y sin igual

En cambio exige todo el ser. CC 46:4

La evidencia de este verdadero culto espiritual es una vida cambiada. “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”. ¿Cómo presentamos nuestros cuerpos en sacrificio vivo a Dios? Sencillamente, preguntando qué es lo que agrada a Dios en cada situación de la vida, no qué es lo que me agrada a mí, qué es lo que es atractivo para mi carne, qué hace todo el mundo.

“No os conforméis”, dice Pablo. Si no hay diferencia entre nosotros y el mundo, algo anda mal. El mundo es un “mundo malo” cuyo dios es Satanás. Los lemas del mundo son: Tengo que realizarme, tengo que satisfacer mis deseos. El celo y la envidia, el egoísmo, el enojo y la lascivia dominan en este mundo. Y no valdrá solamente señalar a otro. Esto describe nuestra carne pecaminosa. Sin embargo, Cristo murió para rescatarnos y redimirnos de todo esto.

“Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”. Decir sí a Dios es decir no al mundo, presentar nuestros cuerpos como un sacrificio vivo es constantemente decir no a este mundo. Nuestra misma mente debe transformarse para que ya no busque satisfacer cada deseo de la carne, sino más bien agradar a Dios.

Debemos comprobar cuál es la buena y aceptable y perfecta voluntad de Dios. Aprendemos cuál es la voluntad de Dios en las Escrituras, por supuesto. Allí Dios ha revelado los principios

eternos que deben guiar toda nuestra conducta como hijos de Dios. Sin embargo, todavía tenemos que preguntarnos una y otra vez cómo se aplica la voluntad de Dios en circunstancias concretas. Buscamos lo bueno, lo que beneficia al prójimo, lo que manifiesta el verdadero amor en toda situación. Buscaremos lo que agrada a Dios y por lo tanto le es aceptable.

¿Cómo podemos tener esta maravillosa actitud nueva de servicio a Dios? Sólo meditando en el evangelio. Sólo cuando las grandes misericordias de Dios conmueven tan profundamente nuestros corazones que no podemos hacer otra cosa sino ofrecernos como un sacrificio vivo de gratitud a aquel que sacrificó su vida para redimirnos.

II. Pablo también prescribe una actitud para el servicio. Nos advierte: “Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno”. En otras palabras: Cuidado con el orgullo. Nada destruirá más rápidamente la actitud de servir que el orgullo. Exigirá que otros me sirvan a mí, en vez de yo servir a los demás. Vemos esa actitud con bastante claridad el día en que Cristo instituyó la Santa Cena. Todos tenían los pies secos y llenos de polvo y en necesidad de lavarse. Normalmente, el anfitrión habría tenido a un siervo para hacer el trabajo, pero no había ningún siervo allí esa noche, o al menos los discípulos así lo creían. Así que nadie se humilló para hacer el trabajo servil de lavar los pies de otro. Cada uno pensaba que sería rebajarse demasiado hacer esa tarea. Así que el que “vino para servir” tomó una toalla y una tina y procedió a lavar los pies de los que eran sus discípulos. Y allí, en esa humilde actitud de su Señor, los discípulos recibieron el modelo para su propio servicio. El amor humilde no mira de quién es el trabajo, y si promoverá una buena imagen. Sólo mira con amor la necesidad y busca llenar esa necesidad y servir de esa manera a Dios.

¿Cómo evitamos pensar demasiado alto de nosotros mismos? Primero, meditando en el hecho de que todo lo que somos lo debemos a Cristo. “Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?” Habrá diferencias entre los miembros de la congregación cristiana. Algunos tendrán más habilidades que otros. Algunos tendrán posiciones de mayor prominencia y con más publicidad que otros. Algunos tendrán mucha habilidad en un área y menos en otra. La tendencia natural en todos nosotros es magnificar aquella cosa en que nos destacamos, y minimizar las contribuciones de los demás. La persona que enseña muy bien tal vez no reconozca la importancia de lo que hace otro en visitar a los enfermos para

animarlos. El que tiene la habilidad de interpretar las Escrituras tal vez considere de poca importancia la persona que administra los asuntos financieros de la iglesia. En tal caso lo que se olvida es que sean las que fueran nuestras habilidades y áreas de servicio, son dones. Las hemos recibido del Señor. Si las usamos para alimentar nuestro ego, actuamos como si fueran nuestro logro y olvidamos a aquel que ha distribuido sus dones como él quiere.

Los dones de cada cristiano son importantes para la vida de la iglesia. No hay nadie que no tenga nada que contribuir. “Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada...” Así como la mano es parte del cuerpo y no puede actuar con independencia sólo para agrandar a sí misma, como el pie no puede glorificarse y menospreciar la contribución del ojo, así cada cristiano es una parte de un organismo íntegro. Tiene su propio papel que contribuirá a la salud y el bienestar del todo, y no puede menospreciar la contribución de ningún otro miembro. Una vez en la sierra mexicana mis ojos gozaron de un panorama inigualada desde la cumbre de un cerro alto. Pero mis ojos nunca habrían disfrutado esa vista si primero mis pies no me hubieran llevado los seis kilómetros de empinado camino. Como cristianos, recordemos que Dios nos ha dado lo que tenemos, para sus propósitos y gloria, y no para alimentar nuestro orgullo. Así aprenderemos a pensar con cordura de nosotros mismos, y a buscar en dónde podemos servir mejor.

III. Pablo sigue para enumerar varias clases de servicio, y nos dice cómo los que tienen esos dones y responsabilidades manifestarán el sacrificio de sus cuerpos. Menciona la profecía. Aunque probablemente se está refiriendo a un don especial de las iglesias de la época apostólica, se puede aplicar a todos los que participan en la proclamación pública de la palabra de Dios. “Si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe”. En la iglesia antigua, antes que se terminó de escribir toda la Escritura, algunos recibían revelaciones directamente del Señor que ellos luego comunicaban a las congregaciones. La tentación sería hablar en nombre del Señor aun cuando no había ninguna seguridad de fe de que era un mensaje del Señor. Para cualquier pastor cristiano la advertencia es obvia. Quédese con las Escrituras, y no pretenda hacer pasar su propia imaginación como la palabra de Dios.

“O si de servicio, en servir”. Si tenemos una habilidad especial de aliviar las necesidades de los demás, debemos ejercerla. Si pueden participar en preparar la comida, en la limpieza, en

preparar proyectos para las clases de escuela dominical o de otras clases bíblicas de los niños, deben reconocer que éste también es un don valioso del Señor para el buen funcionamiento de todo el cuerpo y deben usarlo.

“O el que enseña, en la enseñanza”. Si Dios ha dado la habilidad de presentar las cosas con claridad, despertar interés, aplicar las Escrituras a las situaciones diarias, etc., se debe usar. El cuerpo necesita dones de esa clase. “El que exhorta, en la exhortación”. Tal vez alguien no puede investigar a fondo ni organizar el material como es necesario para la predicación, pero una vez que ellos mismos reciben instrucción, tienen la habilidad de motivar e inspirar a otros a la acción. También es una habilidad muy necesaria en la iglesia. Úsese. “El que reparte, con liberalidad”. Algunos tienen la habilidad de sostener la iglesia con sus ofrendas más que otros, y el don de un corazón generoso que encuentra deleite en hacerlo. Pablo exhorta hacerlo con liberalidad o con sencillez, es decir, motivado sencillamente por amor al Señor, no porque convierte a otros en nuestros deudores. “El que hace misericordia, con alegría”. Si tenemos ocasión de ayudar a alguien en un momento de sufrimiento o aliviar alguna necesidad física, lo debemos hacer con alegría, como haciéndolo al Señor. Ofrecer ayuda, pero sólo con renuencia y con cierto sentido de disgusto humilla a la persona necesitada y otra vez brota del orgullo pecaminoso.

Es obvio que éste no es un catálogo completo de todos los dones espirituales, sino más bien una muestra representativa de algunas de las maneras en las que los cristianos comprobarán cuál es la voluntad de Dios y ofrecerán sus cuerpos como sacrificios vivos. Son ejemplos que se toman de la vida de la congregación. Hay muchas otras esferas en las que también podemos ofrecer a Dios nuestro culto espiritual. Pero al recordar otra vez las misericordias de Dios quien nos ha traído a la comunión de su iglesia, resolvemos hacer nuestra vida en la congregación un lugar de verdadero culto espiritual. Amén.